

## EL ACUEDUCTO RENACENTISTA DE LOS ARCOS DE TERUEL

ANTONIO ALMAGRO GORBEA  
DOCTOR EN ARQUITECTURA

El Fuero latino de Teruel, privilegio dado por Alfonso II de Aragón a los repobladores de esta ciudad a finales del siglo XII, establecía que «quienquiera que hiciere un acueducto, debe hacer asimismo en él un puente...» Esta previsión debió tener muy presente la especial topografía en que se asentaba la población, sobre un cerro o muela situada junto a una amplia vega del río Turia, prácticamente aislada pero rodeada de otros cerros, algunos bastante cercanos y algo más elevados, a través de los cuales podía facilitarse su acceso. Se preveía por tanto la posibilidad de una traída de agua rodada a la población y de un acceso más cómodo que evitara tener que subir las escarpadas laderas de la muela.

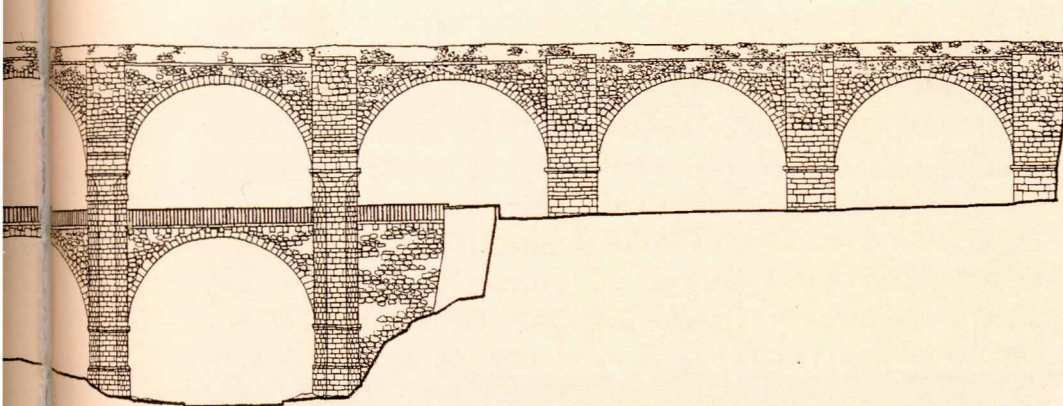
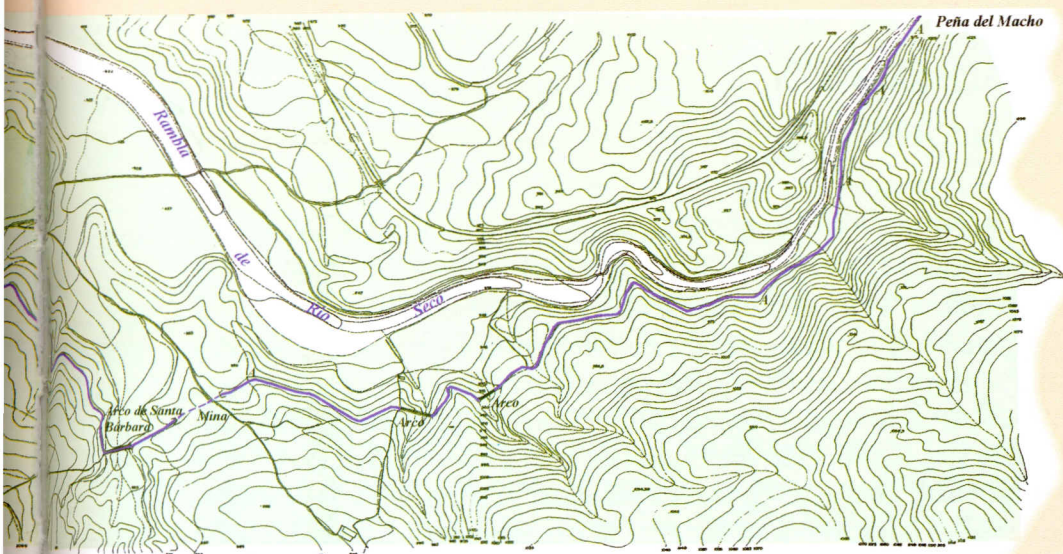
Esta previsión foral fue finalmente ejecutada más de tres siglos después, cuando el Concejo de la Ciudad decidió traer las aguas rodadas desde el manantial de la Peña del Macho, situado detrás del Cerro de Santa Bárbara, y cumplió lo que preceptuaba el Fuero: el acueducto se acompañó de un puente para el paso de las personas, en una solución que, cuanto menos, hay que enjuiciar de original. Sin embargo, la obra construida para salvar la rambla o barranco que separa la muela, con ser la más vistosa y espectacular, no constituye más que una parte de las extensas obras de ingeniería que se llevaron a cabo para solucionar el abastecimiento de agua a Teruel.

Por los documentos conservados en los archivos de la ciudad, sabemos que se acometió en 1537, encomendándose su realización a uno de los maestros más duchos en la ejecución de obras no sólo arquitectónicas, sino de lo que hoy conocemos como ingeniería civil. Se trata del arquitecto, oriundo de Picardía, en el norte de Francia, Quinto Pierres Vedel, que trabajó extensamente en el sur de Aragón viniendo a morir en Albarracín en 1567, en donde sus descendientes hacen memoria de sus numerosas obras en un interesante documento de 1608. Las obras principales del acueducto se prolongaron hasta 1558 con un costo que sobrepasó los 50.000 escudos, aunque

nuevos trabajos, así como diversas reparaciones se acometieron en años sucesivos, seguramente motivadas por las dificultades del terreno por el que atraviesa la mayor parte de la canalización, muy inestable y fácilmente erosionable.

En 1583 se hace una inspección general de las obras y se describe de forma minuciosa todo su recorrido con la situación de registros y decantadores, fuentes y cuantos detalles eran necesarios para su futuro mantenimiento, tanto en la traída de aguas como en su reparto dentro de la ciudad. En el documento se cita como maestro de la obra en ese momento a Juan de Alavés y como obrante anterior a un Maese Verrox. El acueducto





siguió abasteciendo de agua a la ciudad hasta 1950, en que, para atender las crecientes necesidades, se estableció el abastecimiento primero desde Caudé y más tarde desde el pantano del Arquillo de San Blas, en el río Guadalaviar.

La captación de agua se realiza en el paraje conocido como la Peña del Macho, a unos 4.200m de la ciudad y 42m más alto que el punto de entrada a ésta. Después de un sinuoso recorrido por la margen izquierda de la rambla de río seco, la canalización cambia de cuenca a través de un túnel, alcanzando el cerro de San Cristóbal, mediante un arco con impostas molduradas conocido como el «Arquillo» o «arco del camino de San Cristóbal». Un poco más adelante existió una charca o estanque de regulación antes de que el canal alcanzara la gran obra de fábrica con la que salva el barranco que separa el cerro de san Cristóbal de la muela en que se sitúa la ciudad.

Esta obra, conocida como "Los Arcos", consiste en un puente de doble

orden de vanos, con dos arcos en la parte inferior y seis en el orden superior. El puente tiene una longitud de 101,4m precedidos por otros 85m en que el canal corre sobre un muro, en parte adosado a la montaña. Las tres pilas en que se apoyan los arcos del orden inferior son de planta octogonal de 4,4 x 3,22m de dimensiones extremas, siendo la mayor la perpendicular a la de circulación superior del puente. Sobre estos arcos inferiores, corre un camino apto para peatones y caballerías que atraviesa las pilas mediante arquillos de medio punto, cuyas claves se sitúan a 2,9m de altura con una anchura de 1,25m, lo que permitía con justeza el paso de un hombre a caballo. La luz de los arcos es de aproximadamente 13,5m. En el punto de mayor altura el camino peatonal se sitúa a 13,2m del suelo y el borde superior de la canal a 26,5m. Las pilas octogonales y los arcos están hechos de cantería, mientras las enjutas de los arcos y la zona central de la parte superior de las pilas son de mampostería.

Lo más sobresaliente de esta obra es la bella cantería almohadillada que Vedel utilizó para las zonas tectónicamente más potentes de la obra. Es ésta, sin duda, la parte en que la construcción se nos presenta más puramente renacentista, ya que la esbeltez y fragilidad de los arcos está más cerca del concepto estructural gótico que de los cánones de la arquitectura del Renacimiento. Vedel maneja en sus obras el lenguaje gótico y el renacentista: el gótico especialmente en lo estructural y el renacentista en lo formal. Los arcos de este acueducto están en sus proporciones y esbeltez, más cerca de los arcos-diafragma de una iglesia o de un salón góticos que de una estructura plenamente renacentista. Pero las pilas, con su almohadillado «a la romana», indican sin lugar a dudas la inequívoca filiación de su autor al nuevo estilo.

La perduración en su uso original de una obra de ingeniería durante más de cuatro siglos, ya constituye, de por sí, su más genuina consagración como obra maestra. El acueducto de los Arcos, aunque hoy ya no siga surtiendo de agua a la ciudad, se ha convertido con pleno derecho en uno de los símbolos ciudadanos más representativos. Obra sin concesión a la retórica ni al adorno superfluo, expresa magistralmente la austeridad de la tierra y las gentes que encomendaron su construcción y que la mantuvieron durante siglos para satisfacer sus necesidades, pero también para ser orgullo de la propia ciudad.